

La boca gustará el alimento, pero el espíritu discernirá las palabras. Pues como la carne se alimenta con los alimentos carnales, así el hombre interior se nutre y alimenta con palabras divinas... (Admonitio ad filium spiritualem).

SAN ORSIESIO ABAD (m. 380)

San Orsiesio abad, discípulo de San Pacomio, fue uno de los grandes maestros del monaquismo en Oriente. Antes de morir escribió un libro para sus hermanos a modo de testamento, de donde extraemos las citas siguientes:

Por eso también nosotros, debemos examinar nuestros caminos, juzgar nuestra propia conducta y convertirnos al Señor, levantando al cielo nuestro corazón, y nuestras manos (orando al Señor) para que El sea nuestro apoyo en el día del juicio (c. 4).

Por tanto, volvamos al Señor nuestro Dios, para que nos oiga cuando le invoquemos, El que todos los días nos apremia a dedicarle algún tiempo para que le conozcamos (c. 33).

Al escuchar estas palabras, despertémonos del sueño, y por nuestra obediencia al Señor, merezcamos que tenga piedad de nosotros y nos diga: “*Pedid mi ayuda y Yo os escucharé*” (Is. 58, 9).

Ya que la clemencia de nuestro Señor y Salvador se nos manifiesta tan claramente invitándonos a la salvación, volvamos hacia El nuestros corazones; porque ya es hora de despertar del sueño. “*La noche está avanzada. El día se acerca. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz*” (Rom. 13, 11-12).

Teniendo todo esto en cuenta, volvámonos al Señor nuestro Dios diciéndole: “*Quita toda iniquidad; que alcancemos ventura y te ofrezcamos el fruto de nuestros labios*” (Os. 14, 3), y nuestra alma se alegrará en nuestro interior (c. 44).

SAN CIRILO DE JERUSALEN Dr. (m. 387)

San Cirilo fue consagrado Obispo de Jerusalén el año 348. Calumniado, fue arrojado de

su sede por tres veces. Tomó parte en el segundo concilio de Constantinopla. Sus famosas Instrucciones Catequísticas son uno de los más preciados tesoros de la antigüedad (PG. 33).

1. Cuando en la Misa el sacerdote clama: “Arriba los corazones”... respondéis: “Los tenemos dirigidos al Señor”... Nadie, pues, asista (a la Misa) de tal manera que diciendo esto con la boca, con la intención tenga su espíritu en los negocios de la vida. En todo tiempo, pues, debemos pensar en Dios, pero si esto, por la debilidad humana, nos es imposible, al menos en esta hora debemos procurarlo...

Después pedimos a Dios por los difuntos y principalmente por todos aquellos que murieron de entre nosotros, creyendo que esto les será de gran utilidad para las almas de quienes se ofrece la oración, mientras yace delante de nosotros la Víctima Santa que nos hace estremecer de respeto.

2. *Pues, ¿quién puede dudar de que nuestras oraciones son de gran utilidad a los difuntos?* —Os voy a persuadir con un ejemplo: Mirad, si un rey condenara al destierro a sus ofensores, y después unos amigos entretejiendo una valiosa corona se la ofrecieran al rey intercediendo por los desterrados, ¿acaso no les perdonaría la pena? Del mismo modo nosotros, ofreciendo a Dios nuestras oraciones por los difuntos, aunque tengan pecados, ¿no los perdonará?

3. *“Uno es el Santo, Uno el Señor, Jesucristo”*: En verdad uno es el Santo, santo por naturaleza. Nosotros también somos santos, pero no por naturaleza, sino por participación (de El por la gracia) y por el ejercicio de la oración...

4. *Y cuando te acerques a la comunión*, ten cuidado no pierdas algo de El; porque si algo perdieras serás perjudicado... Dime: si alguno te diese unas limaduras de oro, ¿no las guardarías con toda diligencia, cuidando no perder nada de ellas ni sufrir ningún

menoscabo? ¿No procurarás, pues, con mucha más diligencia que no se te caiga ni una migaja de lo que es más precioso que el oro y que las piedras preciosas? (Catequesis).

5. *La oración del Padrenuestro* en la invocación inicial refleja el “grandísimo amor de Dios para con el hombre”, queriendo “ser llamado incluso Padre” por quién otorgó el “perdón de sus maldades”, así como “la participación de su gracia”. A El le pedimos *la santificación de su nombre* “en nosotros, santificados y haciendo obras dignas de la santidad”. Suplica *la venida de su reino* aquel en quien “no reina el pecado” (cf. Rom. 6, 12), sino que “se ha purificado a sí mismo de obra, pensamiento y de palabra”. Ese pide seguidamente que en él *se cumpla la voluntad de Dios en la tierra* como “se cumple en los ángeles” (cf. Sal. 102, 20), suplicando, asimismo, para el “hoy” de esta vida, *el pan nuestro sustancial*, es decir, “el pan santo...” preparado para sustancia del alma. El *perdón de las propias deudas* lo piden quienes reconocen tener “muchos pecados”, mintiendo en caso contrario (Cf. 1 Jn. 1, 8), conscientes de que mediante la comparación, “así como” en esa súplica “hacemos un pacto con Dios” para que nos perdone nuestros pecados, del mismo modo que nosotros perdonamos las ofensas de nuestros prójimos. Y para que no nos hagamos remisos en perdonar, consideremos la diferencia. Porque las ofensas de nuestros prójimos contra nosotros son livianas y pequeñas, mas las que nosotros cometemos contra Dios son tan grandes que sólo con el auxilio del mismo Dios somos capaces de borrarlas.

Guárdate, pues, de que Dios te cierre el perdón de tus gravísimos pecados, por no perdonar tú unas pequeñísimas ofensas.

6. *Y no nos dejes caer en la tentación*. ¿Nos mandará el Señor rezar de esta manera para que de ninguna forma seamos tentados? Pues ¿cómo está escrito: El varón que no es tentado, no está probado? Y en otra parte: “Recibid, hermanos, gran alegría cuando fuereis probados con varias tentaciones”... Oye, pues, al coro de los santos: “Nos probaste, Señor, como la plata en el crisol; nos pusiste en el lazo y pusiste trabajos sobre nuestras espal-

das... Pasamos por agua y fuego, pero al fin nos colocaste en lugar de refrigerio". ¿No ves cómo se alegran de haber pasado la prueba sin ser por ella vencidos?

7. *Más libranos del mal.* Si no hubiéremos de ser tentados, no necesitaríamos añadir que nos librase del mal. El malo es el demonio, del cual pedimos vernos libres. Y al terminar la oración, decimos: *Amén*; sellando con ese amén, que significa *hágase*, todo cuanto hemos dicho en esa oración dada por Dios (Catequesis, 23, 11-18).

8. Ten fe segura, firme esperanza y fundamento fuerte para que por el mismo lugar ocupado por el enemigo pases hasta el Señor. Prepara tu corazón para recibir la doctrina y para la participación de los sagrados misterios. Ora frecuentemente y no ceses ni de día ni de noche para que Dios te haga digno de esos inmortales misterios; y cuando el sueño se aparte de tus ojos, tu alma vuelva a la oración...

9. Mío es decírtelo, pero tuyo el hacerlo, y de Dios el de perfeccionar la obra. Afirmemos nuestra alma y preparemos el corazón ya que se trata de una lucha del espíritu y se nos promete un premio eterno. Porque poderoso es Dios (si se lo pedimos) que conoce vuestros corazones y sabe quién es sincero y quién engañador... (Procatequesis).

10. Ora frecuentemene y no ceses ni de día ni de noche para que Dios te haga digno de los inmortales misterios; y (por las mañanas) cuando el sueño se aparte de tus ojos, vuelva tu alma a la oración.

Si algún pensamiento torpe asaltare tu alma, refúgiate con el recuerdo del juicio, para que te sea aviso de salvación (Procatequesis).

11. Tantos años como pasaste trabajando por las cosas del mundo, y ahora, ¿no podrás dedicar cuarenta días para la oración en provecho de tu alma? (Catequesis 1.^a).

12. Durante la noche es cuando con más atención se cantan los salmos o hacemos nuestra oración, y cuando más veces nos acordamos de nuestros pecados (Catequesis 9).

SAN GREGORIO NISENO (m. 390)

San Gregorio de Nisa era hermano de San Basilio Magno y amigo de San Gregorio Nacianceno. Primeramente se casó, después fue monje, y, finalmente, fue consagrado Obispo de Nisa. No fue gran predicador como su hermano; pero como teólogo especulativo y místico, fue, sin duda, muy importante. Su principal obra fue la Catechesis o resumen de la Doctrina Cristiana, que dedicó a los maestros (PG 44-46).

1. La oración es la obra sagrada y divina por excelencia. Pero creo que hay más interés por las demás cosas, y cada uno se dedica a su negocio y olvida la oración. Tanto el que vende como el que compra se preocupan en madrugar para que nadie se les adelante, y corren al lugar de su negocio, al foro, no a la oración. Así, el artista y el obrero, el orador y el estudiante, se dedican de lleno a su negocio y se olvidan de la oración. Igualmente, el que compone oraciones, a veces se olvida de Dios que puede darle el espíritu de oración, y olvidándose de Dios, cree que su esfuerzo vale más que la oración...

2. Si la oración precede al trabajo, el pecado no encontrará entrada en el alma. La oración aparta al agricultor del pecado, para no caer en la avaricia. Y cualquier negocio que se emprenda tendrá éxito y se libraré del pecado por la oración. Pero si se deja la oración dedicado totalmente a los negocios, terminará mal. El que no se une a Dios por la oración, se aparta de Dios. Y el que con Dios está por la oración, se aparta del maligno...

3. La oración es defensa del pudor, nos ofrece moderación en la ira, mesura en la soberbia, olvido en las injurias, nos libera de la envidia, de la injusticia y de la impiedad. La oración nos ofrece fuerzas naturales, abundancia de provisiones, rectitud en el ejercicio de la ley, defensa del reino, trofeo en la guerra, seguridad en la paz, reconciliación con los enemigos, unión con los aliados. La oración es sello de la virginidad, fidelidad en el matrimonio, escudo de caminantes, guarda de los durmientes, confianza de los vigilantes, fertilidad de los labradores, salud de los navegantes...

La oración es patrona de los reos y de los abogados, consuelo de los presos, alivio de los cansados, medicina de los tristes, deleite de los felices, solaz de los que lloran, corona de los esposos, alegría de los aniversarios, compañía de los que mueren. La oración es conversación con Dios, contemplación de lo invisible, esperanza de las cosas que se desean. Nos otorga un honor semejante a los ángeles, aumento de bienes, separación del mal, corrección de pecados, fruto de las cosas presentes, esperanza de las futuras...

4. La oración de Jonás convirtió la ballena en morada, a Ezequías lo trasladó de las puertas de la muerte a la vida, a los tres jóvenes les convirtió la llama en húmeda brisa, a los israelitas les dio la victoria contra los amalecitas...

5. Los niños al principio se contentan con la leche materna, y cuando crecen aspiran a bienes superiores. Así también Dios, que quiere lo mejor para el hombre, no le escucha cuando pide nimiedades, para que aspire al deseo de cosas sublimes. Por tanto, tú no te entretengas en pedir a Dios bagatelas, pídele cosas grandes. Pues es una necedad acercarse a Dios y pedir cosas temporales al Eterno, terrenas al Celeste, bajas al Altísimo y despreciables al que concede el Reino de los Cielos...

6. Para conseguir de Dios lo que deseamos, no es necesario hablar mucho, como los gentiles, que creen que serán oídos por su palabrería. La oración que debemos presentar ante Dios es sobre todo el Padrenuestro (De oratione dominica I, PG 44, 1119-35).

7. Ninguna de cuantas cosas hay por las que suspiran en este mundo los mortales, ninguna de cuantas se puedan considerar preciosas, tanto por su vista como por su valor, ninguna, repito, puede igualar a la oración... Por tanto, si no fueres oído a la primera vez que rogaras, no aflojes la oración, antes entonces insiste más en los ruegos, entonces levanta más que nunca la voz a Dios: porque el Señor quiere ser rogado, quiere ser forzado, quiere ser vencido de nosotros con una santa importunidad. Buena es la violencia, ya que con ella, lejos de ofenderse nuestro Dios, se calma y aplaca (In Sal. Pennit. 6).

8. A los santos discípulos, que con afán querían aprender a orar, el Verbo divino les enseñó cómo había que proceder para que las palabras de la oración fueran escuchadas por Dios. Yo me atrevo a añadir un poco a lo que está escrito, porque esta sociedad de hoy tiene que aprender antes que el modo de orar, la absoluta necesidad de orar. La gran mayoría no ha escuchado esto aún, porque de hecho muchos tienen olvidada y descuidada esta obra sagrada y divina que es la oración. Haré todo lo posible para demostrar con mi palabra en primer lugar que es absolutamente necesario perseverar en la oración, como dice el Apóstol (cfr. Rom. 12, 12) y a continuación comentaré el modo de presentar nuestra oración a Dios, que nos enseñó la Palabra divina.

9. Actualmente las personas se preocupan de todo, poniendo toda su alma en distintas cosas, pero no tienen interés por el bien de la oración: el comerciante madruga a sus negocios, intentando ofrecer su mercancía a los clientes antes que otros para que, adelantándose, le compren a él; lo mismo el comprador se apresura a conseguir lo que necesita no sea que otro se le adelante ante sus propios ojos y se quede sin nada. La gente corre no a la iglesia, sino a la plaza. Y así, teniendo todos semejante ambición de ganancia que casi llegan a pelearse, con tales preocupaciones el tiempo de la oración se convierte en tiempo para el negocio. Lo mismo ocurre con el artesano, con el maestro de retórica, con el abogado, con el juez: cada cual, dándose por completo a lo que lleva entre manos, se olvida de entregarse a la oración considerando que ocuparse de las cosas de Dios perjudica a su profesión.

Pues el que ejerce un trabajo manual juzga inútil para su oficio el auxilio divino; y así, omitiendo la oración, pone la esperanza en sus manos, olvidando al que le ha dado las manos; de modo similar el que prepara con todo esmero un discurso elegante, no piensa en el que le ha dado la facultad de hablar, sino que, como si él se hubiera conseguido esta facultad por su cuenta, se entrega a su estudio y a la enseñanza de los discípulos y piensa que no va a obtener ningún beneficio con la ayuda de Dios, sino que su trabajo es prioritario a la oración. De manera parecida el resto de trabajos, oficios y profesiones de la vida: con la preocupación de las cosas corporales y terrestres se olvidan de ocupar el alma en las cosas superiores y celestes.

10. Por eso cada día aumenta más el pecado en el mundo e invade todas las actividades humanas, pues el olvido de Dios se va apoderando de todos y los hombres no se adhieren a la oración a la vez que a sus actividades. En los negocios entra la avaricia y la avaricia es una idolatría (cfr. Col. 3, 5). Así el labrador no trabaja el campo en proporción a sus necesidades sino que ambiciona más y ensancha sus campos en su provecho metiéndose en los linderos ajenos y da cabida al pecado de ambición. De ahí nacen disputas y riñas sobre los linderos de los campos entre los que están dominados de modo parecido por la enfermedad de la avaricia. De ahí proceden a menudo los enfados, los malos deseos, el llegar a las manos e incluso el derramamiento de sangre y el homicidio. Algo parecido ocurre en los tribunales de justicia, donde se cometen infinidad de pecados de injusticia: el juez unas veces de modo voluntario inclina la balanza en contra de la justicia y otras veces involuntariamente, apoyándose de forma meticulosa en que las declaraciones han sido imperfectas a pesar de ser verdaderas, dictamina algo que es injusto. Pero ¿para qué vamos a exponer en detalle todos los casos de la vida en que se cometen pecados de muchas y diversas maneras? La causa de estos pecados está en que los hombres no ponen el sentido de Dios en las ocupaciones que llevan entre manos.

11. Si la oración precediera al negocio, no habría cabida al pecado en el alma. Pues, si está presente en el corazón el

recuerdo de Dios, no surgen pensamientos de enemistad y la justicia se convierte en intermediaria de las controversias. La oración aleja al labrador del pecado porque le aumenta los frutos en un poco de tierra, de forma que no le entre el pecado de ambicionar más. Igual ocurre con el caminante o con el que prepara lo mismo una expedición que una boda. Así, todo el que proyecta cualquier negocio, si lo realiza con oración, irá bien en lo emprendido sin caer en pecado y sin que ningún enemigo le haga inclinar el alma a la pasión. Pero si se entrega al negocio por completo abandonando a Dios, necesariamente, al estar fuera de Dios, se encontrará con enemigos. Y se aparta de Dios el que no se une a El por la oración. Por consiguiente, lo primero que tenéis que aprender es que *"hay que orar siempre y no desfallecer"* (Lc 18, 1), pues de la oración nace el estar con Dios y el que está con Dios está alejado de los enemigos.

12. La oración es salvaguarda de la prudencia, moderación de los impulsos, control de la soberbia, olvido de las injurias, destrucción de la envidia, eliminación de la injusticia, corrección de la impiedad. La oración es fortaleza de los cuerpos, abundancia de la casa, buen gobierno de la ciudad, poder del reino, victoria de la guerra, seguridad de la paz, reconciliación de los enemigos, perseverancia de los amigos. La oración es sello de la virginidad, fidelidad del matrimonio, escudo de los peregrinos, guardián de los que duermen, audacia de los centinelas, fertilidad de los labradores, salvación de los navegantes. La oración es abogada de los encausados, liberación de los encarcelados, descanso de los fatigados, consuelo de los afligidos, gozo de los alegres, alivio de los que lloran, corona de los casados, fiesta de los recién nacidos, funeral de los difuntos. La oración es diálogo con Dios, contemplación de lo invisible, certeza de lo que se espera, igualdad de honores con los ángeles, progreso en la virtud, alejamiento del mal, conversión de los pecadores, disfrute de los bienes presentes y prenda de los futuros. La oración convirtió para Jonás la ballena en una vivienda (Jon. 2, 3ss); a Ezequías lo restituyó de las puertas de la muerte a la vida (2 Rey. 20, 5ss); a los tres jóvenes les cambió la llama de fuego en viento

refrescante (Dan. 1, 23ss); dio la victoria a Israel sobre los amalecitas (Ex. 17, 11ss); y en una noche con espada invisible hirió a ciento ochenta y cinco mil asirios (2 Rey. 19, 35). Y se pueden poner mil ejemplos más, de los que se concluye que nada en esta vida hay superior y más valioso que la oración.

13. Tiempo habrá de explicar esto comentando la misma oración del Señor, pero antes diremos que a tantos y tan variados favores que hemos recibido de la gracia divina hemos de corresponder con la oración y la acción de gracias a nuestro Benefactor. Pienso que aunque pasáramos toda la vida en coloquio con Dios dándole gracias y rezándole, estaríamos tan lejos de una justa correspondencia como al comenzar a darle gracias. El tiempo se divide en tres partes: pasado, presente y futuro. En los tres se reciben beneficios del Señor: si consideras el presente, resulta que vives en El; si el futuro, El es para ti esperanza de las cosas a las que aspiras; si el pasado, no existirías si El no te hubiera hecho. El nacimiento es un don suyo; tu vida posterior también es regalo, pues en El vives y te mueves, según dice el Apóstol (Hech. 17, 28); las esperanzas futuras dependen también de su acción. Pero como tú eres dueño solo del presente, aunque no dejes de dar gracias a Dios en toda tu vida, apenas podrás agradecer el presente, sin poder pensar en agradecer los beneficios del pasado y del futuro. Y sin embargo, estando tan lejos de poder dar las debidas gracias a Dios, no dedicamos a la alabanza divina no ya todo el día, sino ni aun una mínima parte del día.

14. ¿Quién me ha hecho la tierra firme bajo mis pies? ¿Quién ha hecho con sabiduría navegable el mar? ¿Quién me ha construido el cielo como un techo? ¿Quién me trae la lámpara del sol? ¿Quién hace brotar fuentes en los valles? ¿Quién ha proporcionado cauce a los ríos? ¿Quién puso a mi servicio los animales irracionales? ¿Quién me hizo partícipe de su vida y de su pensamiento a mí que soy polvo inanimado? ¿Quién formó este barro a imagen de la impronta divina? ¿Quién devolvió a su primitiva hermosura la imagen divina afeada en mí por el pecado? ¿Quién me devolvió a la felicidad primera a mí que estaba expulsado del paraíso, privado del árbol de la vida e inmerso en

el abismo de la vida material? “*No hay quien entienda*”, dice la Escritura (Rom. 3, 11). Si meditáramos esto estaríamos dando gracias continuamente toda nuestra vida. Pero ahora casi todos los hombres sólo están despiertos para lo material. En esto ponen su afán y su ilusión; en torno a esto gira su memoria y su esperanza; los hombres se desvelan y no duermen por la ambición de tener más en todos los negocios que se pueden imaginar; tanto si se trata de honores y gloria como de riquezas o cualquier locura de pasión, en todo el hombre busca ir a más. Pero en los bienes verdaderos de Dios, presentes o prometidos, nadie piensa. Mas tiempo habrá de poder explicar este pensamiento con las mismas palabras de la oración dominical.

15. Se nos dice que si aprendemos a pedir conseguiremos lo que queremos. ¿Qué es, pues, lo que tenemos que aprender? —“*Cuando oréis, no seáis palabrerros como los gentiles, que piensan que por su verborrea van a ser escuchados*” (Mt. 6, 7). Esta enseñanza es tan clara en sí misma que no necesita ninguna otra aclaración, de no ser el sentido de la expresión “palabrerros”, a fin de que, entendiéndolo bien, evitemos lo que se prohíbe. Creo que se recrimina la vaciedad de pensamientos y se critica a los que se sumergen en deseos vanos y por eso se ha inventado esta palabra extraña y nueva, para reprobar la locura de quienes viven arrastrados por los deseos de cosas inútiles y vanas. Pues la palabra prudente, inteligente y útil con toda propiedad se llama “palabra”; pero la que se desparrama en deseos vacíos de placeres inconsistentes, no es palabra, sino “palabrería”, dicho de otra manera, “charlatanería”, “tonterías” o cualquier vocablo sinónimo. ¿Qué nos enseña esta expresión? Que cuando recemos no caigamos en esta agitación como ocurre en la mente de los locos, pues como no tienen bien la cabeza, no piensan que les ocurrirán cosas razonables, sino que imaginan a su antojo cosas felices e inverosímiles: tesoros, bodas, reinos, grandes ciudades a las que les dan sus nombres y piensan que están donde su mente se imagina; algunos están tan trastornados que creen incluso que cambian de naturaleza y se convierten en aves, o que lucen como si fueran estrellas o que levantan montes con sus manos o

que pueden volar por el cielo o que viven innumerables años convirtiéndose de viejos en jóvenes. Tales fantasías y creaciones produce su corazón vacío y loco.

16. El que no piensa lo que va a hacer a fin de que le resulte bien, sino que se detiene en deseos vanos, es un pobre tonto, puesto que emplea en tales fantasías el tiempo que había de dedicar a la deliberación. Del mismo modo quien en el tiempo de la oración no atiende a lo que conviene a su alma y piensa que a Dios le van a agrandar los movimientos y distracciones viciosas de su mente, es realmente un tonto y un “palabrero”, pues pide a Dios que colabore y sirva a sus propias necesidades. Supongamos, por ejemplo, que se acerca uno a Dios para orar y, sin pensar la excelencia del Poder al que se acerca, deshonra la Majestad Divina con peticiones torpes y sucias; es como uno que, por ignorancia piensa que unos vasos de barro son de oro y cuando el Rey va a distribuir riqueza y dignidades él le pide que le dé algo de aquella materia que a él le gusta, que en realidad es barro. Así ocurre con el que utiliza la oración con ignorancia y no se eleva a la altura del Donante divino, sino que quiere que la Potencia divina descienda hasta sus sucios, bajos y terrenos deseos y dirige sus impulsos apasionados al que conoce los corazones no para que le cure los movimientos absurdos de su mente, sino para que se conviertan en peores con la ayuda de Dios, ya que van dirigidos hacia el mal. Le dice a Dios: “como fulano me molesta y le odio de corazón, castígalo”; sólo le falta decir: “que mi mal deseo esté en Ti y que mi maldad pase a Ti”. Así como en una pelea no se puede prestar auxilio a un contendiente sin enfadarse contra el otro, así el que le reza a Dios contra su enemigo, le pide que se enfade y se haga socio de su ira. Entonces la Divinidad incurriría en una pasión y se comportaría al modo humano, cambiando su naturaleza buena en crueldad propia de fieras. Lo mismo hace el que busca honores, el que quiere sobresalir por soberbia, el que ansía ganar un juicio, el que busca el premio en las competiciones deportivas, el que anhela los aplausos en el teatro, y hasta el que se consume por el rabioso deseo de la juventud. Todos estos no piden a Dios que

los libre de su enfermedad, sino que les consiga el objeto de su pasión. Y si no obtienen lo que piden, creyéndose desgraciados usan de palabrería, suplicando a Dios que colabore en su enfermedad y, lo que es más grave, quieren que la Divinidad se divida en movimientos contradictorios, dividiéndose la Potencia divina en crueldad y en benignidad, pues quieren que sea propicio y benigno para con ellos y a la vez le ruegan que sea duro e inmisericorde con sus enemigos. ¡Qué locura la de los palabreros! Pues si Dios es duro para con otros, no será blando contigo. Y si es propenso a la misericordia para contigo, como lo esperas, ¿cómo se va a cambiar en lo contrario convirtiendo la misericordia en crueldad?

17. Pero algunos no están de acuerdo con esto y para apoyar su dureza aducen textos de los profetas: David desea que los pecadores mueran y pide la vergüenza y la confusión para los enemigos (cfr. Sal. 9, 1ss); Jeremías desea que Dios se vengue de sus adversarios y los castigue (Jer. 10, 17); Oseas le pide que las mujeres de sus enemigos se queden estériles y que sus pechos se sequen (cfr. Os. 9, 6ss); y citan otros muchos textos parecidos de la Sagrada Escritura, concluyendo que conviene imprecicar a Dios contra los enemigos y pedirle que la bondad divina colabore con la crueldad de ellos. Pero nosotros, saliendo al paso de tales afirmaciones, haremos callar a los palabreros, rebatiendo cada uno de los argumentos aducidos.

18. Ninguno de los textos sagrados divinamente inspirados por el Espíritu Santo, cuyas palabras han sido escritas según la disposición divina para instruir a las generaciones venideras, tiene intención alguna de hacer el mal, sino que la finalidad de todos era corregir los vicios vigentes en su época. El que reza que no haya enfermos ni pobres no desea que se mueran, sino que desaparezca su enfermedad y pobreza; así cuando alguno de aquellos santos pide que muera lo que es adversario y enemigo a la naturaleza, sólo los no entendidos piensan que está deseando males a los hombres. Cuando el Salmista dice: "*Desaparezcan de la tierra y dejen de existir los pecadores y los inicuos*" (Sal. 9, 18), lo que está pidiendo es que desaparezca el pecado y la

iniquidad. Pues el hombre no es enemigo del hombre, sino que es la voluntad libre que se inclina hacia el mal la que considera enemigos a quienes la naturaleza constituye amigos. Pide que desaparezca la maldad, pero el hombre no es maldad. ¿Cómo va a ser maldad el que es imagen de la Bondad?

19. Cuando se pide vergüenza y confusión para los enemigos, se refiere a la multitud de enemigos que, movidos por el Enemigo invisible, atacan al alma humana; de ellos Pablo habla con más claridad cuando dice que *“nuestra lucha es contra los principados, potestades y poderes de este mundo y contra los espíritus del mal que están en las alturas”* (Ef. 6-12). Se trata de las asechanzas del demonio que tientan a los hombres al mal: circunstancias que invitan a la violencia, ocasiones de concupiscencia, envidia, odio, soberbia y cosas semejantes. Cuando el gran Profeta ve al alma de cada uno rodeada de estas tentaciones, pide que se avergüencen estos enemigos, es decir, que él se salve, porque es natural que el que ha sido vencido en una competición se avergüence de su derrota, lo mismo que el vencedor se alegra de su victoria. Es lo que dice el Salmista: *“Se avergüencen y sean confundidos los que asaltan mi alma”* (Sal 6, 11). No se pide contra los que están al acecho para robar el dinero, o contra los que pelean sobre los linderos de los terrenos o contra los que intentan causar algún mal corporal, sino contra los que insidían al alma. Pero insidiar al alma ¿qué otra cosa es que alejarse de Dios? Y el alma sólo se aleja de Dios por la inclinación de las pasiones, ya que la Divinidad está exenta de pasiones y por tanto el que se desenvuelve siempre entre pasiones se aleja de la unión con la Divinidad. Para que esto no suceda se pide la vergüenza de los adversarios. Y esto es lo mismo que pedir la propia victoria sobre los enemigos, que son las pasiones.

20. Así Jeremías (Jer. 10, 1ss), llevado del celo de la piedad para con Dios, cuando el rey de su tiempo daba culto a los ídolos y sus súbditos se desviaban con él, no se deja llevar de su pasión, sino que suplica a Dios el bien de los hombres y que la cólera contra los impíos se convierta en lección para la humanidad. Lo mismo el profeta, al ver que la maldad se iba propagando entre

los israelitas, con razón los condena a la esterilidad y quiere que se sequen los pechos amargos del pecado, de modo que ni nazca ni se alimente ningún mal para el hombre; por eso dice: "*Dales, Señor, seno estéril y pechos secos*" (Os. 9, 14). Y si hay en los Libros Sagrados alguna otra expresión parecida que suene a ira, hay que entenderla como referida a eliminar el vicio, no a la persona". "*Dios no hizo la muerte*" (Sab. 1, 13) ¿Oyes la sentencia? ¿Cómo va a invocar la muerte incluso sobre los propios enemigos, Dios que es ajeno a la muerte? No se alegra en la destrucción de los vivientes. Pero el palabrero, que suplica el favor de Dios contra sus enemigos, le pide que se alegre de las desgracias de los hombres.

21. Pero algunos, dirás, obtuvieron principados, honores y riquezas tras pedirlos en la oración y fueron considerados amigos de Dios por tener tan buena suerte; ¿Cómo nos vas a prohibir pedir a Dios tales cosas? Nadie ignora que todo depende de la voluntad de Dios y que esta vida está dirigida desde arriba. Pero sabemos que la causa de estos éxitos no es la oración: Dios no da estos bienes porque se lo piden, sino para fortalecer la confianza en Dios de los más simples, de modo que experimentando poco a poco en pequeñas peticiones que Dios escucha a los que le suplican, nos elevemos al deseo de dones más altos y más acordes a Dios. Así lo vemos en nuestros hijos, que al principio se adhieren a los pechos maternos buscando sólo lo que la naturaleza les proporciona por medio de la madre; pero cuando el niño crece y comienza a hablar, rechaza el pecho y juega con el gorro, el manto y todo lo que ve atractivo; cuando llega a la juventud y se desarrolla su cuerpo y su inteligencia, abandona las aficiones y deseos infantiles y les pide a sus padres lo propio de un adulto. Así también Dios, que a través de todas las cosas enseña al hombre a que lo descubra, muchas veces no desoye las pequeñas peticiones para invitar al que ha conseguido esos pequeños beneficios a aspirar a cosas más altas. Por tanto, si fulano, que procedía de familia baja, se ha hecho famoso e ilustre o ha conseguido cualquier otra cosa que se estima en este mundo, principados, riqueza, fama, tú piensa cuál es el fin de todo eso, a saber, que a través de la bondad de Dios que aparece

en estas cosas se te manifiesta su poder para que te des cuenta de pedir al Padre no juguetes y cosas infantiles, sino dones mayores y más perfectos: los que proporcionan ganancia al alma. Sería de lo más necio, al acercarse a Dios pedir al Eterno cosas temporales; al Celeste cosas terrenas; al Altísimo bajezas; al que da el Reino de los cielos esta pobre felicidad terrena; al que da lo que no se puede quitar, el uso en precario de lo ajeno, cuya compra no es necesaria, su usufructo temporal y su administración peligrosa.

22. Bellamente indica el Señor este absurdo cuando añade "*como los gentiles*" (Mt. 6, 7), pues poner el afán en las cosas visibles es propio de quienes no tienen esperanza en el mundo futuro, ni miedo al juicio o al infierno, ni deseo del cielo ni de nada de lo que se espera en la Resurrección. Son como los animales, que miran a la vida presente viendo cómo poder satisfacer su gula, su vientre o el resto de los placeres corporales, considerando todo esto como bienes; lo mismo el mandar sobre otros, el tener más prestigio que los demás, el amasar una gran fortuna, o cualquier otra mentira de este mundo. A todos estos, si alguien les habla de la esperanza futura, les parece un loco, pues les menciona el paraíso, el Reino, la morada de los cielos y lo demás. Es propio de los que no tienen esperanza que se agarran y apeguen a la vida presente; por eso con todo acierto la Escritura llama "de los gentiles" a sus pasiones y deseos vanos que pretenden obtener con la oración, creyendo que conseguirán esas futilidades y que la Divinidad les ayudará en esas cosas no rectas e innecesarias, "*pues piensan que en su verborrea van a ser escuchados*" (Mt. 6, 7). Pero lo cierto es lo que hemos aprendido en la exposición precedente. (La Oración del Señor, c. I. PG 44, 1120-1136).

23. La oración nos acerca y une a Dios... (Hm. 2. PG 44).

24. Es la oración una conversación con Dios, contemplación de las cosas invisibles, confianza cierta de conseguir lo que se desea, elevación del hombre a la honra de los ángeles, pro-

greso y aumento de los bienes, ruina de los males, enmienda de las culpas, fruto de lo presente y seguridad de lo futuro (Ibíd.)

25. La oración del Señor nos enseña a purificar de tal modo nuestra vida, que haciéndola semejante a la vida del cielo, halle en nosotros el cumplimiento de la voluntad de Dios tan poco obstáculo como en los espíritus celestiales, los que jamás sienten impedimento alguno para la ejecución del bien (Orat, 4).

26. El que dice a Dios en la oración: “santificado sea tu nombre”, le dice estas palabras: “Señor, haced que mediante vuestra protección y auxilios, yo sea irreprensible, justo y piadoso; que yo diga la verdad y haga lo bueno”; porque es cierto que Dios no puede ser glorificado por el hombre, sino cuando su virtud y piedad son tan excelentes que persuadan a los otros que es preciso que sea la omnipotencia de Dios la que produzca tan grande efecto (Orat. 2 de or. Dom.)

SAN MACARIO EGIPCIO (m. 390)

San Macario el Egipcio, o el Grande, nació alrededor del 300, y fue uno de los pioneros del desierto de Escete, siguiendo en su modo de vida anacorético el ejemplo de San Antonio, al que visitó dos veces. Tuvo muchos discípulos y fue ordenado sacerdote (PG 34).

1. Preguntaron a abba Macario, diciendo: “¿Cómo debemos orar?” y el anciano contestó: “No es necesario hablar mucho: basta que extiendas las manos, diciendo: ¡Señor, como tú sabes y quieres, ten piedad de mí!” Si te llega una tentación, di: “¡Señor, ayúdame!” Pues El sabe lo que nos es útil y tiene misericordia con nosotros”. (Apotegma 472).

2. En efecto: aquellos que se esfuerzan en orar, aun incluso contra los deseos del corazón, si al mismo tiempo se esfuerzan por ser humildes, dulces, inocentes y generosos con los demás... En respuesta a estos esfuerzos, el Señor, que ve el deseo

ardiente del hombre, le dará el poder cumplir sin pena, a pesar de sus esfuerzos, todas estas prácticas, y llegarán a ser para él, como una segunda naturaleza. Pues, al final, el Señor viene hacia el hombre y permanece en él, y él en el Señor. Y el mismo Señor cumple en él, sin esfuerzo, sus propios mandamientos, colmándolo con los frutos del Espíritu Santo...

3. El Señor que ve sus necesidades y sus esfuerzos, les tenderá una mano caritativa; los fortalecerá y hará de ustedes un soldado bien armado y preparado para la batalla...

4. El alma debe saber hasta qué punto, estando sola, no tiene fuerza. No esperen nada de sí mismos, póstrense ante Dios y, en su corazón reconozcan que no son nada. Entonces la gracia todopoderosa creará todas las cosas de esa nada. Aquel que, con una humildad perfecta, se pone entre las manos del Dios de la misericordia, atrae al Señor hacia él y se hará fuerte con su fuerza.

5. Aunque tenemos que esperarlo todo de Dios y nada de nosotros mismos, sin embargo (suplicando la ayuda de Dios), debemos esforzarnos a obrar desplegando toda nuestra fuerza para crear en nosotros algo adonde Dios pueda venir en ayuda y que pueda ser penetrado por la fuerza divina. La gracia ya está presente en nosotros, pero no actuará hasta que el mismo hombre haya actuado, llenando con su fuerza la debilidad del hombre. Ofrezcan a Dios, pues, firme y humildemente el sacrificio de su voluntad y seguidamente obrarán sin la mínima vacilación y no a medias. (Citado por Teófilo el Recluso. Sublimidad de la Oración interior. Buenos Aires, 1989).

6. Los que han merecido llegar a ser verdaderos hijos de Dios y renacer del Espíritu Santo, los que poseen en sí mismo a Cristo, que los ilumina y consuela (en la oración), éstos reciben del Espíritu de Dios unos favores y operaciones de otro género, y la gracia obra invisiblemente en sus corazones sin turbar su quietud..., sintiendo a veces una santa embriaguez celestial que mantienen en íntimo silencio, gozando en el alma de grandísima paz e indecibles delicias.

7. Otras veces el Espíritu Santo alumbrá su inteligencia y les comunica una inefable sabiduría y unos altísimos conocimientos que la lengua humana no puede expresar... Así es cómo la divina gracia hace pasar al alma fiel por numerosas alternativas, unas veces consolándola y otras ejercitándola según los designios de la Providencia hasta hacerla del todo pura y perfecta a los ojos del Padre celestial... Penetradas por todas partes del Espíritu de Dios, estas almas se hacen semejantes a Cristo, tienen en sí la fuerza y la virtud del Espíritu, permanecen recogidas en su interior y llevan una vida pura e intachable de (oración).

8. Pidamos también nosotros al Señor, animados de una encendida caridad y llenos de confianza, que se digne concedernos sus gracias y los dones del Espíritu Santo, de suerte que este divino Espíritu nos gobierne y nos haga dóciles en todo a su voluntad, y nos conceda el descanso y el consuelo, para que así, reanimados y movidos por la gracia, merezcamos, conforme dice San Pablo (Ef. 3, 19), *quedar llenos de la plenitud de Dios* y lleguemos a ser *hombres perfectos*, establecidos en la plena posesión de la vida de Jesucristo. ¿Por ventura no prometió el Señor que a cuantos crean en El y se lo pidan con sinceridad les concederá los misterios de la unión inefable con el Espíritu Santo? Hagamos, pues, la donación total de nosotros mismos al Señor y aceleremos con ruegos la recepción de un bien tan grande (*Hom. 12, 7-12*).

9. El hombre que no se vuelve a Dios por su propia voluntad y con todo su anhelo, si no se dirige a El por la oración con fe entera, no podrá ser curado *en el alma* (Hm. spir. 33).

La oración es la piedra fundamental de todo esfuerzo humano, y la persistencia en la oración es como la cumbre de la perfección (*Ibid. 40, 2*).

10. No existe otra meditación saludable más que el nombre bendito de Nuestro Señor Jesucristo que habita siempre en ti, tal y como está escrito: "Como golondrina clamaré y como tórtola meditaré". Eso es lo que hace el hombre piadoso que permanece constantemente (meditando) en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo (*La Filocalia de la Oración de Jesús. Ed. Sígueme p. 57*).

11. Lo máximo de nuestra cooperación, lo más importante que podemos hacer, es la perseverancia en la oración. Por ella podemos solicitar todas las virtudes y alcanzarlas de Dios (Textos de Espiritualidad Oriental. Patmos).

12. El que día tras día se obliga a la perseverancia en la oración, será consumido por el amor espiritual en el deseo de Dios, será encendido por la moción de la gracia espiritual de la santidad perfecta (Ibíd.)

13. Lanza tu ancla en el abismo de la oración, y el vaporcito de tu vida resistirá con la fuerza de la gracia divina todas las olas de Satanás, las mareas y tormentas de este oscuro, engañoso y vanidoso mundo (Ibíd.)

14. La ley escrita contiene muchos misterios de carácter oculto. El monje que cuida la oración y continuamente se comunica con Dios, los reconoce, y la gracia le revela secretos todavía más grandes que los que se encuentran en la Sagrada Escritura. Por la lectura de la Ley escrita no se puede conseguir lo que se puede conseguir en la oración con Dios. Quien presta homenaje a Dios adorándole, no tiene por qué seguir la lectura. Por experiencia sabe que todo se perfecciona en la oración... (Ibíd.)

15. La perseverancia en la oración es el fundamento de todo esfuerzo bueno y la cima donde culminan las obras rectas. Mediante ella invocamos a Dios que nos tienda su mano segura para adquirir las demás virtudes. En la oración les es concedido a los que son considerados dignos el entrar en comunión con la energía mística y encontrar el estado de santidad que por el inefable amor del Señor vuelve hacia Dios la inteligencia misma.

16. Lo mismo que la obra de la oración es mayor que las demás, así el que está enamorado de ella debe entregarse con todo esfuerzo y cuidado a fin de no perderla inconscientemente por el vicio. Pues a aquellos que aspiran a un bien mayor el maligno los ataca con mayores fuerzas. Tal persona

necesitará una gran vigilancia y sobriedad para sacar adelante los frutos del amor y de la humildad, de la simplicidad, de la bondad y del discernimiento perseverando cada día en la oración. Estos frutos le manifestarán su propio progreso y su crecimiento en las cosas de Dios e invitarán a otros a experimentar el mismo fervor.

17. El apóstol divino enseña que hay que rezar continuamente (1 Ts. 5, 17) y perseverar en la oración (Rom. 12, 12). Y el Señor ha dicho: ¿Cuánto más Dios hará justicia a los que lo invocan día y noche? (Lc. 18, 7) y “Vigilad y orad” (Mt. 26, 41). Así pues, “hay que orar siempre y no desfallecer” (Lc. 18,1). Lo mismo que el que persevera en la oración ha escogido una obra más fundamental, así tiene que soportar un gran combate y sostener un esfuerzo continuo porque a la perseverancia en la oración se oponen los numerosos obstáculos del vicio: el sueño, la pereza, la pesadez del cuerpo, la volubilidad de los pensamientos, la agitación de la inteligencia, la tibieza y las otras obras malas. Luego vienen las aflicciones, las rebeliones de los espíritus del mal que nos atacan y combaten encarnecidamente impidiendo aproximarse a Dios al alma que sin tibieza lo busca en la verdad.

18. Con el esfuerzo, la vigilancia sobria, la paciencia, el combate del alma, el sacrificio del cuerpo el que se dedica a la oración debe hacerse un hombre fuerte, sin relajarse ni abandonarse a las distracciones de los pensamientos, sin entregarse demasiado al sueño, a la pereza, a la negligencia, a la confusión, a palabras desordenadas e inconsideradas. No debe permitir nada de esto en su reflexión y no se debe contentar con estar mucho tiempo de pie o de rodillas quieto, dejando al mismo tiempo que la inteligencia vague por cualquier parte. Porque si no se prepara para una estricta y sobria vigilancia, oponiéndose a los pensamientos vanos, rechazándolos todos y deseando siempre al Señor, nada impedirá que sea seducido por el vicio invisiblemente y de muchos modos o que se enorgullezca ante los que todavía no consiguen perseverar en la oración. Víctima de semejantes astucias del vicio, destruiría su buen trabajo y lo ofrecería al demonio malo.

19. Si la humildad, el amor, la simplicidad y la bondad no regulan el buen orden de nuestra oración, tal oración, que sería más bien apariencia de oración, no puede sernos de mucha ayuda... (Los 150 capítulos)

20. El que persevera constantemente en la oración no se enorgullezca contra el que no puede hacer otro tanto. Y el que se entrega al servicio de los demás no se vuelva en contra del que se consagra a la oración (Ibíd.)

21. La obra de la oración y de la palabra, cumplida como conviene, está por encima de toda virtud y mandamiento. El Señor mismo lo atestigua. El había entrado en casa de Marta y María. Marta estaba ocupada en servir y María estaba sentada a los pies del Señor gustando como un santo alimento las palabras de su divina boca. Pero su hermana le reprochó el no trabajar con ella y se lo fue a decir a Cristo. Este, señalando lo principal y lo secundario, le dijo: "Marta, Marta, te inquietas y te agitas por muchas cosas, pero sólo una cosa es necesaria; María ha escogido la mejor parte que no se le quitará" (Lc. 10, 42). Dijo esto no porque rechazara la obra del servicio, sino porque quería situar lo mayor antes que lo menor. ¿No aceptó él ser servido? ¿No se puso él a servir y a lavar a los discípulos? Está tan lejos de impedir el servicio, que ordena a sus discípulos que hagan lo mismo entre ellos. Sin embargo verás también a los mismos apóstoles que, mientras al principio se entregaban al servicio de las mesas, luego prefieren la obra mayor, es decir, la oración y la palabra (Act. 6, 2-4). ¿Ves cómo han preferido lo principal a lo secundario, aunque ellos saben que ambas cosas son brotes de una buena raíz? (Ibíd.)

SAN GREGORIO NACIANCENO Dr. (m. 390)

San Gregorio Nacianceno, uno de los más grandes Padres de la Iglesia Oriental, es hermano de San Cesáreo y Santa Gorgonia, y amigo de San Basilio y San Gregorio Niseno. Su padre era pagano, pero convertido al cristianismo fue un fervoroso cristiano que llegó a ser Obispo. San Gregorio, habiendo

gobernado durante algún tiempo las sedes de Constantinopla y de Nacianzo, finalmente se retiró a la soledad, donde se dedicó a la oración y a sus aficiones literarias. (PG 35-38).

1. Téngase bien claro que carecer plenamente de todo vicio, excede las fuerzas humanas. Esto solamente puede concederlo el Señor, si se lo pedimos (PG. 35, 453).

2. No dudes de rezar e interceder por todos, cuando traigas al Altar al Verbo de Dios con tu palabra, cuando dividas el Cuerpo y la Sangre del Señor, utilizando la voz en vez de la espada (Carta a un sacerdote) (PG. 37, 280).

3. Hay que acordarse de Dios más que del respirar. Incluso, si se me permite hablar así, no hay que hacer nada más que esto: acordarse de Dios. El recuerdo continuo de Dios es el eje de la vida espiritual (PG. 36, 16).

4. Toda la filosofía se divide en dos partes: contemplación y acción. La primera es más sublime, la segunda más humilde, pero cada una se complementa con la ayuda de la otra (PG. 35, 649 B).

5. Hermosa es la contemplación, hermosa es la acción. Aquélla mira hacia las cosas celestiales, inclinando nuestra mente hacia las realidades espirituales. Esta recibe a Cristo, le sirve y muestra con las obras la fuerza del amor (*Marta y María*. PG. 35, 864 A).

6. Adora al que por ti fue crucificado, y si estás crucificado por tu culpa, saca provecho de tu mismo pecado y compra con la muerte tu salvación. Súfrelo todo por Dios y aguántalo todo esperando en El. Dale gracias por todo. Encomiéndale tu vida y la de aquellos que habiendo convivido en otro tiempo contigo, te han precedido ya en la morada eterna (PG. 35, 786-787).

7. Admirad la grande bondad de Dios, pues recibe nuestros deseos como si fueran cosas preciosísimas. Se abrasa en

ansias de que nosotros ardamos en su amor. Recibe como beneficio propio el que nosotros le pidamos sus favores, pues, más gusto tiene Dios en darnos que nosotros en recibir lo que nos da. No nos preocupe otro cuidado que el de no ser indiferentes ni cortos en nuestras pretensiones con el Señor. Jamás le pidamos cosas pequeñas o de poca importancia que son indignas de la divina magnificencia (Orat. 40).

Cuanto más favorecida es un alma de sublimes contemplaciones, tanto con más ardor se consagra a la acción.

8. No hay cosa en el mundo más deseable que, cerrada la puerta de los sentidos y puesto uno fuera de la carne y del mundo, recogido el espíritu dentro de sí mismo, tener con Dios sus coloquios y hacer otra vida superior a estas cosas que nos rodean; traer dentro de sí los recuerdos de Dios, comunicados de su influencia, siempre puros y sin mezcla de cosas creadas, y hacerse cada día espejo más claro de Dios y de las cosas divinas para recibir la luz por medio de la luz, la más ilustrada de la ilustración divina por la oscura de la fe sencilla, y percibir ya con la esperanza el bien del siglo venidero en compañía de los ángeles, conversando ya con ellos, y, aunque todavía en la tierra, desamparándola y viviendo con el espíritu en el cielo (In apolog., orat. 12).

9. Es una costumbre muy buena y laudable empezar todas las cosas pidiendo a Dios sus auxilios, y concluir dándole gracias (Orat. 1).

10. Hay un segundo bautismo que es el de las lágrimas, mucho más áspero y laborioso que el primero; y aquel verdaderamente se lava que *riega su lecho todas las noches con lágrimas*; aquel para quien solas las cicatrices de sus pecados son de un hedor intolerable; *que va siempre llorando y abatido con tristeza*; que imita la conversión de Manasés y el arrepentimiento de los ninivitas; que se aplica con las palabras del publicano en el templo; que se postra en tierra implorando la divina misericordia como la Cananea, pidiendo para su consuelo las migajas, esto es, el alimento del perro hambriento (Orat. 39).

SAN AMBROSIO DE MILAN Dr. (m. 397)

San Ambrosio, Obispo de Milán, es hermano de Santa Marcelina y San Sático. Supo hacerse respetar de los emperadores, y supo hacer respetar las leyes de la Iglesia aun al mismo Teodosio I. Suya es aquella sentencia tantas veces escrita y oída: "Donde está Pedro, allí está la Iglesia". Consoló a Santa Mónica y le predijo la conversión de su hijo San Agustín, quien a su vez oía con gusto sus sermones, que fueron decisivos para su conversión (Conf. 6, 4). Sus obras morales, ascéticas y dogmáticas son importantes (PL 14-17).

1. *Si alguno de vosotros tiene un amigo y viniere a él a media noche y le dijere: Amigo, préstame tres panes... Este es un pasaje del que se desprende el precepto de que hemos de orar en cada momento, no sólo de día, sino también de noche. En efecto, ves que éste que a media noche va a pedir tres panes a su amigo y persevera en esa demanda insistentemente, no es defraudado en lo que pide. ¿Pero qué significan esos tres panes? ¿Acaso no son figura del alimento celestial?, y es que si amas al Señor tu Dios, conseguirás, sin duda, lo que pides, no sólo en provecho tuyo, sino también en favor de los demás. Pues, ¿quién puede ser más amigo nuestro que Aquel que entregó su cuerpo por nosotros?*

Haciendo caso, pues, a las Escrituras, pidamos el perdón de nuestros pecados con insistentes oraciones, día y noche; pues si (David), hombre tan santo y que estaba tan ocupado en el gobierno del reino, alababa al señor siete veces al día (Sal. 118-164), y estaba pronto a ofrecer sacrificios matutinos y vespertinos, ¿qué será justo que hagamos nosotros, que debemos orar más que él..., puesto que pecamos más, para que Dios robustezca nuestro corazón?...

No quiere decir el Señor que haya que vigilar solamente a media noche, sino en todos los momentos, pues El puede lle-

gar por la tarde, o a la segunda o tercera vigilia. *Bienaventurados*, pues, *aquellos siervos a los que encuentre el Señor vigilantes cuando llegue* (Lc. 12, 37)...

2. Este pasaje, primero por medio del mandato y después a través del ejemplo, nos prescribe la oración frecuente, la esperanza de conseguir lo pedido y una especie de arte para persuadir a Dios. En verdad, cuando se promete una cosa se debe tener esperanza en lo prometido, de suerte que se preste obediencia a los avisos y fe a las promesas, esa fe, que, mediante la consideración de la piedad humana, logra enraizar en sí misma una esperanza mayor en la bondad eterna, para todo con tal que se pidan cosas justas y la oración no se convierta en pecado (Sal. 108, 7).

3. Tampoco Pablo tuvo vergüenza en pedir el mismo favor repetidas veces y eso con objeto de que no pareciera que desconfiaba de la misericordia del Señor, o que se quejaba con arrogancia de que no había obtenido lo que pedía en su primera oración; *por lo cual* —dijo— *he rogado tres veces al Señor* (2 Cor. 12, 8); con eso nos enseñó que, con frecuencia, Dios no concede lo que se le pide por razón de que sabe que lo que creemos que nos va a ser bueno, nos va a resultar perjudicial (*In Lc. Lib. VII, 89-92*).

4. *Y acontenció por aquellos días que salió El hacia la montaña para orar, y pasó la noche orando a Dios* (Lc. 6).

El Señor ora: no para pedir por El, sino para obtener en favor mío. Pues, aunque el Padre ha puesto todas las cosas a disposición del Hijo, sin embargo, el Hijo, para realizar plenamente su condición de hombre, juzga oportuno implorar al Padre por nosotros, pues El es nuestro abogado... Jesús, maestro de obediencia, nos instruye con su ejemplo en los preceptos de la virtud...

Pasó la noche orando a Dios. Con esto te da un ejemplo y te traza el modo que has de imitar. ¿Qué será necesario que hagas tú por tu salvación, cuando Cristo se pasa la noche en oración? ¿Que deberás hacer tú para realizar tus deberes, si Cristo al enviar a los Apóstoles ha orado y ha orado solo?

En ninguna parte encuentro que Cristo haya orado con los Apóstoles, siempre oraba solo... (Aprendamos) a ser continuos y

hasta pertinaces en nuestros ruegos; pues si para salvarnos Jesucristo se pasaba las noches orando, ¿cuánto más deberemos hacerlo nosotros para conseguir la salvación eterna? (Lib. V in Lc.).

5. *Oremos por nosotros y por todos los cristianos.* Si tú oras por todos, la oración de todos también te aprovechará a ti, pues tú también eres parte del todo. De este modo tendrás una gran recompensa, pues la oración de cada miembro del pueblo se enriquecerá con la oración de todos los demás miembros (Sob. Caín y Abel).

6. El Señor concede siempre más de lo que se le pide: el ladrón sólo pedía que se acordase de él, pero el Señor le dice "*Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso*" (Catena Aurea, VI).

Entra en tu aposento

7. No es sin importancia, en efecto, determinar el tiempo y el lugar para la oración, porque, como dice el Apóstol (1 Tm. 2, 8): *Quiero que oréis en todo lugar...*; y, en cambio, el Señor dice en el Evangelio (Mt. 6, 6): *Tú, por el contrario, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, reza a tu Padre.* ¿No te parece que entrambas palabras hay contradicción?... Parece que Pablo dice una cosa y que el Señor dice otra. ¿Puede el apóstol Pablo contradecir las palabras del Maestro? No; puedes estar orando en cualquier parte y también estar siempre en tu aposento, pues tu aposento lo tienes en todas partes. Aunque te encuentres entre los gentiles, aunque estés entre los judíos, tienes siempre en todas partes tu aposento secreto. En efecto, tu mente es tu aposento. Aunque te encuentres entre la multitud, sigues conservando en tu interior un aposento secreto.

No ores como los judíos de los que se dijo: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.* No proceda, por consiguiente, tu oración sólo de tus labios; pon en ella toda tu alma, entra en lo secreto de tu pecho hasta lo más recóndito de tu corazón (La Iniciación Cristiana III).

8. Sería desconfiar del poder de Dios pensar que no nos puede oír si no resuenan a sus oídos los clamores de nuestra boca. Clamemos a Dios con nuestras buenas obras, clamemos con nuestra fe, clamemos con nuestros afectos; clamemos con nuestra paciencia en los trabajos, clame nuestra sangre como la de Abel; porque aquel que nos purifica en lo secreto de nuestro corazón, nos oye también en lo más oculto de nuestros pensamientos (De Abel et Cain. Lib. I, c. 9).

9. ¿Para qué nos envía Dios los males? —Nos envía Dios los males para obligarnos a recurrir a su bondad, supuesto que los bienes que nos ha dado no nos han servido para reconocerle, y que las adversidades nos excitan a suplicarle después de haberle ofendido durante la prosperidad, y a darle gracias por la comunicación de sus dones (Jn. Pralm. 37).

10. Para la joven consagrada por la pureza, la comunicación íntima con Dios por la oración es como su respiración sobrenatural, sin la cual no podría subsistir, pues, como dice Tertuliano comentando a San Pablo: “Respecto a los tiempos destinados a la oración, no hay nada establecido, sino que, sin más, se debe orar en todo lugar y en todo tiempo” (De Oratione, c. 23).

19. Respecto a la lucha por la pureza, se presentan momentos de ardor y fatigosa continuidad. En la oración hemos de buscar las armas necesarias para vencer y hallar refrigerio después de vencer los ataques más agudos.

La profesión de la castidad requiere un aislamiento absorbente, y es en la oración donde la virgen podrá encontrar el único remedio para las desgracias que de otra manera no podrá resolver.

Por ello, decía Tertuliano: “La oración del justo aplaca la ira de Dios, hace de centinela contra los enemigos y obtiene gracia para los perseguidores...”

“La oración es el único poder que vence al mismo Dios... Cristo le confirmó su potencia absoluta para el bien: Destruye el pecado, aleja las tentaciones, desbarata las persecuciones, consuela a los pusilánimes, alienta a los magnánimos, guía a los

peregrinos, apacigua el oleaje, detiene a los salteadores, alimenta a los necesitados, levanta a los caídos, sostiene a los vacilantes y confirma a los fuertes. Es muro de defensa para la fe y arma contra el adversario que nos acecha. Es necesario no avanzar nunca desarmados, ni descuidar el puesto de guardia durante el día y la vigilancia durante la noche, defendiendo con las armas de la oración la enseña de nuestro Emperador, y con ellas en la mano, esperar la trompeta angélica del juicio final (De Oratione, c. 29).

12. Dedicáte con asiduidad a la oración y a la lectura santa. Distribuye tu tiempo y tus ocupaciones de tal forma que la lectura suceda a la oración y la oración a la lectura. A fin de que puedas participar de bienes tan inmensos y nunca te veas privada de ellos, cuando hayas de ocuparte en algún trabajo manual o tomar alguna refección, procura que otro te lea. De este modo, mientras tus ojos y tus manos se vuelven a la actividad externa, tu alma se alimentará de la gracia de las palabras de Dios.

Pues, si a pesar de vivir consagrados a la oración y a la lectura, nos cuesta trabajo mantener el corazón libre de toda influencia diabólica, ¿cómo no se va a lanzar desembocado a los vicios sin los frenos de la lectura y de la oración?

Instrúyete con la lectura, y pide las gracias con la oración. Después de orar busca de nuevo en la lectura lo que tienes que pedir en la oración (Las Vírgenes Cristianas. BAC pág. 332 y 945).

La (divina) observancia se traduce en la plegaria incesante a Dios. Si el Real Profeta, podía sin desatender el gobierno de su vasto reino cantar las alabanzas divinas siete veces al día, ¿qué no deberemos hacer nosotros, a quienes exhorta el Evangelio a vigilar y orar para vencer la tentación?

Oremos solemnemente con acción de gracias al despuntar el nuevo día, al salir de casa, antes de comer y después de haber comido, a la hora de ofrecer el incienso y antes de entregarnos al descanso. Y aun en la misma cama quiero que alternemos los salmos con la oración dominica, ya antes que el sueño te domine, ya cuando despiertes, para que el sueño te coja libre de pensamientos mundanos y ocupado en los divinos (Sob. las Virg. Rialp pg. 143-144).

13. Dice el salmista: “*Mis ojos previnieron al día para meditar desde la madrugada sobre vuestras palabras*”. Debiera servirnos de gran vergüenza que los rayos del sol saliente nos hallase ociosos en la cama sin haber pensado en orar. Es una pereza digna de reprensión el que se nos pase la noche sin haber ofrecido a Dios algún fruto de nuestra devoción ni sacrificio alguno espiritual. ¡Oh cristiano! ¿No sabes que todos los días debes presentar a Dios las primicias de tu corazón y de tu voz?

¿Hasta cuándo te han de tener atado el sueño o las cosas del mundo? Ya que otra cosa no hicieres, al menos reparte el tiempo entre Dios y el mundo, y cuando la oscuridad de la noche te impida emplearte en los negocios del mundo, dale a Dios ese tiempo empleando parte de la noche en la oración, y canta salmos para deshabilar tu somnolencia. Prívate con este piadoso engaño de alguna parte del sueño, y levántate temprano para ir a la Iglesia a llevar las primicias de tus oraciones y de tu piedad. Y si después te llaman a otra parte los asuntos del mundo, no te impedirán que antes digas: “*Mis ojos han prevenido al día para meditar desde la madrugada tus palabras*”. Entonces ya podrás ocuparte con seguridad en tus negocios. ¡Qué agradable cosa es empezar el día con himnos y cánticos en alabanza de Dios! ¡Cuánta ventaja llevamos en que su palabra nos prevenga desde el amanecer con sus bendiciones!

Pero al mismo tiempo que repasas en tu memoria con los cánticos espirituales las misericordias de Dios, aplícate también al estudio y práctica de alguna virtud particular para reconocer en tus acciones el mérito y los efectos de la bendición divina (In Salmo 118).

14. El alma del justo, esposa del Verbo, si arde en deseos y ora sin cesar ni reposar, y toda tiende hacia El, entonces le parecerá que de repente oye su voz sin verle y siente íntimamente el olor de su divinidad, como sucede *con frecuencia* a los que tienen una fe excelente, pues en un instante queda el olfato del alma lleno de una gracia espiritual, que les indica la presencia de su amado y les hace decir: He aquí a quien busco, he aquí a quien deseo (Serm. 6 in Sal. 118).

15. *El Padrenuestro*

Los Apóstoles dijeron al Señor Jesús: “*Señor, enséñanos a orar como Juan enseñó a sus discípulos*”. Entonces dijo el Señor esta oración:

*“Padre nuestro, que estás en el cielo:
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
El pan nuestro de cada día, dánosle hoy;
perdónanos nuestras ofensas,
como nosotros también perdonamos a los que nos ofenden.*

*No nos dejes caer en la tentación
y líbranos del mal”* (Mt. 6, 9-13; Lc. 11, 1-4) ¡Mira qué oración tan breve y llena de virtudes!...

Dices: “El pan nuestro *de cada día*, dánosle hoy” Pues si es de cada día ¿por qué esperar un año para que lo recibas? Recibe cada día lo que debe aprovecharte cada día. Vive de tal modo que cada día merezcas recibirle. Quien no merece recibirle cada día, no merece recibirle después de un año. Así era como el Santo Job ofrecía *cada día* un sacrificio por sus hijos, porque no sucediera que hubieren cometido algún pecado en su corazón o en su palabra (Job. 1, 5). Por tanto, oyes decir que cada vez que se ofrece el Sacrificio, se significa la muerte del Señor, la resurrección del Señor, la ascensión del Señor y la remisión de los pecados. ¿Y no recibes este pan de vida cada día? El que tiene una herida busca la medicina. Herida es para nosotros estar bajo el pecado. Medicina celestial es el Venerable Sacramento (Los Sacramentos lib. V).

SAN DIDIMO EL CIEGO (m. 398)

San Dídimo nació en Alejandría el 313, y a pesar de perder la vista en la edad de cuatro años, se obstinó en estudiar e instruirse y, gracias a su perseverante aplicación, pudo ser muy pronto citado como uno de los hombres más sabios de su tiempo. San Antonio, San Paladio,

San Jerónimo, Evagrio y Rufino acudieron a escucharle y a seguir sus lecciones. Tanto como un doctor, es un verdadero asceta de piedad profunda. Respetado hasta de los mismos arrianos, después de una vida consagrada por entero a la oración y al trabajo, se extinguió cuando contaba 85 años en 398.

1. La oración del justo es pura cuando no tiene ninguna perturbación, cuando está libre de cualquier fluctuación del alma y cuando no está distraída por las preocupaciones (In Job, 16, 18: PG 39, c. 1153).

2. Dios retribuye según el corazón del que ora, cuando se piden cosas que están de acuerdo con Dios y que aprovechan al que las recibe (Exposición a los Salmos, 19, 5: PG 39, 1272).

3. El que canta salmos debe entender el sentido de lo que se dice en los himnos; pues no ha de tener tanto cuidado en la modulación de la voz y en la música cuanto en entender lo que canta. Dios rechaza a los que no salmodian así y sólo se preocupan de los sonidos: “*Aparte de mí el sonido de tus cánticos; no oiré el salmo de tus instrumentos*” (Ps, 46, 7). Por el contrario canta bien los salmos el que se comporta según los mandamientos divinos y los medita (Exposición a los Salmos, 46, 7: PG 39, 1377).

4. Dios no desprecia la oración que se le hace con ánimo pacífico, y sencillo y con manos santas, es decir, “*decentes y ordenadas*” (Exp. a los Salmos, 54, 2: PG 39, 1405).

5. Si pides algo que deseas conseguir con la oración es porque no lo tienes y eres pobre. Cuando rezas a Dios quieres conseguir unos bienes que tú no puedes obtener por tus fuerzas. Por tanto, ante Dios todos somos pobres. Así, aunque David era un gran rey, era pobre y estaba necesitado de aquello que pedía a Dios; por eso cuando supo que Dios le privaba de su auxilio en todo o en parte, sufría una gran ansiedad y se decayó totalmente su ánimo. Después, recuperada la esperanza, presentó su oración ante Dios, invocando al que da los bienes a los que lo invo-

can. El que no pide tales bienes, sino cosas percederas, no se atreve a presentar su oración ante Dios, teniendo su alma entregada a los malos afectos (Exp. a los Salmos, 101, 1: PG 39, 1516).

6. Son verdaderas aquellas palabras de Cristo: *“todo el que pide, recibe”* (Mt. 7, 8), con tal que no se incluyan a los que oran mal, pues el que ora mal, no ora. De igual modo es cierto aquello: *“Quien invocare el nombre del Señor, será salvo”*, con tal que no incluya a aquellos que, no cumpliendo la voluntad del Padre, llaman a Jesús Señor, y por eso les parece que invocan su nombre. No es lo mismo invocar el nombre del Señor que pronunciarlo. Lo invoca el que le reza y desea obtener un bien y a ése sí le presta auxilio. Pero el que simula ser siervo y llama a Cristo “Señor, Señor”, pero no hace lo que hacen sus siervos. A esos se refería con aquellas palabras: *“Por qué me decís: Señor, Señor y no hacéis lo que os mando?”* (Act., 2, 21), hay que interpretarlo de acuerdo con esto otro: *“Nadie dice ‘Jesús es el Señor’, sino en el Espíritu Santo”* (1 Cor. 12, 3), es decir, llamándolo Señor suyo por las obras y por la decisión de servirlo, no sólo por pronunciar el nombre del Señor Jesús (Com. a los Hechos, 2, 21: PG 39, 1656).

7. *“Contribuyendo también vosotros con la oración en favor nuestro”* (2 Cor 1, 11). Con estas palabras nos enseña que se nos conceden grandes y divinos beneficios cuando muchos rezan a favor de uno (Com. a 2 Cor 1, 11: PG 39, 1685).

8. *“No tenéis porque no pedís. Pedís y no recibís porque pedís mal, con la intención de malgastarlo en vuestras pasiones”* (St 4, 2-3). Si son ciertas las palabras del Salvador *“Pedid y se os dará”*, que se confirman con aquellas otras *“Todo el que pide recibe”*, nos hemos de preguntar por qué algunos, a pesar de que oran, no son escuchados ni reciben lo que pedían en la oración. A esto hay que decir que quien viene a pedir por buen camino, no olvidando ninguno de los requisitos de la oración, consigue todo lo que pide. Pero el que viene a la oración con una intención pervertida, no pide del modo debido y por eso no recibe lo que pide. No es falso aquello de que *“todo el que pide recibe”*, sino que ocurre como si un sabio dice: *“todo el que se acerca a mí por mis doctri-*

nas recibirá mis enseñanzas". Hay que acercarse al doctor para recibir lo propio de él, es decir, con deseo de adquirir su doctrina para practicarla y meditarla y tener en gran consideración lo que el maestro dice y adquirir la virtud. Quien así se acerca indudablemente adquirirá la enseñanza que el maestro promete. Pero si uno viene al doctor sin las actitudes señaladas, sino solo para que lo vea o para verlo, queriendo desmentir la promesa del doctor, hay que decirle: No acudiste a él como te invitó, sino solo para verlo. Aclarando aún más dice el autor de la epístola que piden mal porque están adheridos a sus vanas pasiones. ¿Y por qué algunos que piden ciencia y virtud, no la reciben? Porque piden esos bienes no por sí mismos, sino para que los alaben por ellos, pues es amor de concupiscencia el querer recibir alabanzas. Por eso no se les dan esos bienes, porque los quieren para aumentar sus pasiones. (Com. a la Carta de Santiago, 4, 2-3: PG 39, 1753-1754).

SAN SIRICIO, PAPA (m. 399)

San Siricio, sucesor del papa San Dámaso I, fue el primer papa que utilizó la carta decretal con la que empezó la actividad legislativa que corresponde a los Pontífices Romanos. Bajo el reinado de San Siricio se levantó la basílica de San Pablo Extramuros (PL 13).

Con respecto a los *que han pecado*, creímos que se debía decretar que sólo para la oración se junten dentro de la iglesia; que asistan, aunque no lo merecen, a la sagrada celebración de los misterios, pero que sean separados de la mesa del banquete del Señor...

Mandamos, pues, que éstos sean apartados del cuerpo y sangre de Cristo, los que en otro tiempo al renacer (por el bautismo), habían sido rescatados. Y tal vez volviendo en sí derramen alguna vez lágrimas de arrepentimiento y haciendo penitencia todo el tiempo de su vida, puedan alcanzar la gracia de la reconciliación; pues, como enseña el Señor, no queremos la muerte

del pecador; sólo que se convierta y viva (Ez. 18, 23) Carta decretal a Himerio.

EVAGRIO PONTICO (m. 399)

Evagrio fue discípulo de los dos Macarios: San Macario Egipcio y San Macario Alejandrino, a los que imitó en su austerísima vida y llegó a obrar tan grandes milagros y tan numerosos como los de sus maestros (Sócrates, Hist. ecl. 4, 23). Fue uno de los escritores ascéticos más importantes de su tiempo. Los monjes, tanto los de Oriente como los de Occidente apreciaban sus libros como de incalculable valor. Sus obras se encuentran en PG 79.

Tratado de la oración (PG 79, 1165-1200)

1. Si se quiere preparar un perfume de agradable olor, se mezclará, como dice la ley (Ex. 30, 34), igual cantidad de incienso transparente, canela, ónix y mirra. Este es el cuaternario de las virtudes. Si éstas alcanzan su plena medida y equilibrio, el espíritu no será traicionado.

2. El alma purificada por la plenitud de las virtudes, afianza al espíritu en una actitud inmovible y le da la capacidad de recibir el estado que busca.

3. Si la oración es el trato íntimo del espíritu con Dios ¿en qué estado deberá hallarse el espíritu para que, establecido en una paz inalterable, vaya hacia su propio Señor y trate con El sin ningún intermediario?

4. Si Moisés cuando intentó acercarse a la zarza ardiente, no pudo hacerlo hasta que se quitó las sandalias de sus pies, ¿cómo tú, que pretendes ver al que está por encima de todo conocimiento y sentimiento, no te desprendes de todo pensamiento perturbado por la pasión?

5. Lo primero que has de pedir es el don de lágrimas, para que el dolor ablande la dureza de tu alma y, reconociéndote culpable de tus pecados, El te perdone.

6. Cualquier oración preséntala con lágrimas, pues el Señor se alegra mucho si recibe la oración con lágrimas.

7. Aunque derrames torrentes de lágrimas en tu oración, no por eso te engrías como si fueras más que los demás. Simplemente tu oración ha recibido una ayuda para que puedas confesar generosamente tus pecados y aplacar al Señor con tus lágrimas.

8. No conviertas, pues, en pasión el antídoto de las pasiones, no sea que irrites más al que te da la gracia. Muchos que lloraban sus pecados se olvidaron de la finalidad de las lágrimas y se extraviaron enloquecidos.

9. Mantente firme, ora con empeño y rechaza las preocupaciones y pensamientos que te distraen, pues te molestan y perturban rebajando el fervor de tu oración.

10. Cuando los demonios te ven lleno de entusiasmo por la verdadera oración, te sugieren primero el pensamiento de cosas necesarias, y luego avivan su recuerdo e incitan al espíritu a que las busque. Pero como éste no las halla, entonces se entristece y se descorazona. En el tiempo de la oración le representa las cosas que buscaba y su recuerdo, para que el espíritu, relajado por esta consideración, defeccione y pierda la oración fructuosa.

11. En el tiempo de la oración lucha por mantener tu mente sorda y muda (para las cosas del mundo), y así podrás orar.

12. Cuando sufras alguna prueba o contradicción, cuando te irrites, o cuando te sientas impulsado a vengarte o a replicar, acuérdate de la oración y del juicio que en ella te espera, e inmediatamente se apaciguará en ti el movimiento desordenado.

13. Todo lo que hicieres para vengarte de un hermano que te ha ofendido, se te convertirá en piedra de tropiezo en el tiempo de la oración.

14. La oración es germen de mansedumbre y dominio de sí.

15. La oración es fruto de la alegría y de la acción de gracias.

16. La oración es defensa contra la tristeza y el abatimiento.

17. Vende tus bienes y dáselo a los pobres (Mt. 19, 21), toma tu cruz y niégate a ti mismo (Mt. 16, 24), para que puedas orar sin distracciones.

18. Si quieres orar dignamente, niégate a ti mismo constantemente, y ante toda clase de pruebas, toma el partido que debes por amor a la oración.

19. Cuando aceptes todas las contrariedades con sabiduría, encontrarás el fruto optimo a la hora de la oración.

20. Si quieres orar como conviene, no permitas que la tristeza invada tu alma, porque si no, corres en vano.

21. Deja tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano (Mt. 5, 23), y así podrás orar sin turbación, pues el recuerdo de las injurias ofusca la razón del orante y nubla sus oraciones...

22. Los que acumulan penas y rencores y se imaginan que oran, son como quienes sacan agua y la vierten en un barril agujereado.

23. Si eres paciente orarás siempre con alegría.

24. Cuando ores como conviene, se te ocurrirán cosas tales que te parecerá ciertamente justo el enojarte. Pero nunca abso-

lutamente es justa la cólera contra el prójimo, y si buscas atentamente verás que es posible solucionar el asunto sin enojarse. Usa, pues, de todos los medios para no estallar en cólera.

25. Ten cuidado, no sea que por sanar a otro te vuelvas tu mismo un enfermo incurable y destroces tu oración.

26. Si evitas la ira, aprenderás a ser discreto, te mostrarás prudente en tus pensamientos, y serás contado entre los hombres de oración.

27. Pertrechado contra la ira, no admitirás jamás la concupiscencia. Esta es quien provee de materia a la ira, la cual perturba el ojo del espíritu y deteriora el estado de oración.

28. No ores solamente con gestos externos, sino recoge tu mente para que sienta la oración espiritual con temor.

29. A veces en cuanto te pongas en oración orarás bien. Otras veces, aunque te esfuerces mucho no alcanzarás tu objeto. Esto último te sucede para que busques más y, una vez que halles, guardes inviolablemente lo que hallaste.

30. Al llegar un ángel, se alejan al instante aquellos que nos importunan, y el espíritu, gozando de una paz inalterable, ora saludablemente. A veces, por el contrario, cuando la guerra acostumbrada nos oprime, el espíritu, asediado por diversas pasiones, se debate sin poder levantar la cabeza. Sin embargo, si éste busca con insistencia, hallará, y si llama con insistencia, se le abrirá.

31. No ores para que tu voluntad sea cumplida, pues ella no concuerda necesariamente con la voluntad de Dios. Ruega, sobre todo, según la enseñanza recibida, diciendo: "Que tu voluntad, Señor, se cumpla en mí". En todas las cosas pídele que se haga su voluntad; pues El quiere el bien y el adelanto de tu alma, mientras que tú no buscas necesariamente eso.

32. Muchas veces he pedido en mis oraciones lo que yo estimaba que era bueno para mí, obstinándome en mi demanda y violentando neciamente la voluntad de Dios, sin permitirle que me diera lo que El sabía que más me convenía. Y cuando recibía lo que había implorado, era grande mi decepción por haber pedido que se hiciera mi voluntad, pues la cosa no era como yo me imaginaba.

33. ¿Qué bien puede existir fuera de Dios? Neguemos todos nuestros intereses y encontraremos el bien. Aquel que es Bueno es también el dispensador de los más excelentes dones.

34. No debes afligirte cuando no recibas inmediatamente de Dios lo que has pedido, pues El quiere hacerte un bien mayor todavía, por tu perseverancia en permanecer junto a El en la oración. ¿Qué cosa hay más sublime, en efecto, que conversar con Dios y abstraerse en un íntimo contacto con El?

La oración sin distracciones es la intelección más alta de la inteligencia.

35. La oración es una ascensión del espíritu hacia Dios.

36. Si deseas ardientemente orar, renuncia a todo para recibir al Todo.

37. Ruega en primer lugar ser purificado de las pasiones, después, ser liberado de la ignorancia y, en tercer lugar, ser liberado de tentaciones y desviaciones.

38. En tu oración busca únicamente la justicia y el reino, es decir, la virtud y la gnosis, y todo lo demás te será dado por añadidura (Mt. 6, 33)...

39. Es justo que ores, no solamente por tu propia purificación, sino por la de todo hombre, como hacen los ángeles.

40. Mira si realmente te has unido a Dios en tu oración, o si más bien te ha vencido la alabanza de los hombres, y te sirves de la oración como de un velo para captarla.

41. Ya sea que ores con los hermanos o que ores solo, esfuérgate por orar, no por rutina, sino sintiendo tu oración.

42. Lo propio de la oración es un recogimiento piadoso que, impregnado de compunción y de dolor del alma, confiesa la falta con secretos gemidos.

43. Si tu inteligencia divaga durante la oración, es que ella no ora todavía como un monje, Ella aún pertenece al mundo y está ocupada en la apariencia de lo exterior.

44. Mientras oras, debes velar atentamente sobre tu memoria para que, en lugar de sugerirte sus recuerdos, te lleve a la conciencia de tu ejercicio, pues la inteligencia tiene una peligrosa tendencia a dejarse trastornar por la memoria en el momento de la oración.

45. Cuando oras, la memoria te presenta las imágenes de cosas pasadas, o de nuevas preocupaciones, o el rostro de quien te ha hecho sufrir.

46. El demonio tiene una gran envidia del hombre que ora, y emplea todos los medios para arruinar su propósito. Así no cesa de reavivarle en la memoria el recuerdo de objetos, y de despertarle en la carne todas las pasiones, para impedirle, si fuera posible, su espléndida carrera y su éxodo hacia Dios.

47. Cuando el perverso demonio no ha podido impedir la oración del virtuoso, se retira un poco para tomar luego desquite de ese orante. O enciende su ira para destruir el estado excelente que la oración ha dejado en él, o lo incita a algún placer irracional para denigrar su espíritu.

48. Cuando hayas orado como es debido, esfuérgate por no faltar a tu deber, y sé valiente para guardar el fruto. Recuerda que desde el principio has sido hecho para que trabajes y guardes (Gen. 2, 15). No dejes de custodiar lo que has hecho con tu trabajo, pues, de lo contrario, de nada te serviría lo orado.

49. La guerra que se libra entre nosotros y los espíritus impuros, no se hace por otra cosa sino por la oración espiritual. Esta es hostil y odiosa para ellos, pero para nosotros es fuente de salvación y de alegría.

50. ¿Qué buscan los demonios cuando excitan en nosotros la gula, la impureza, la ambición, la cólera, el rencor y las otras pasiones? Quieren que nuestra inteligencia, bajo su peso, no pueda orar como es debido, pues las pasiones de la parte irracional, tomando el dominio, le impiden moverse según la razón...

51. Vamos hacia las virtudes a través del sentido profundo de los seres creados, y a éstos, por medio del Señor que los llamó a la existencia. El, por su parte, suele manifestarse en el estado de oración.

52. El estado de oración es el hábito sin pasiones que, con sumo amor rapta hasta las alturas celestes la mente sabia y espiritual.

53. Quien quiera orar verdaderamente, no sólo debe dominar la ira y la concupiscencia, sino que debe librarse de todo pensamiento perturbado por alguna pasión.

54. Aquel que ama a Dios conversa permanentemente con El como con un Padre, despojado de todo pensamiento apasionado.

55. No por haber alcanzado la paz interior ya se ora verdaderamente, pues es posible entretenerse con pensamientos simples y distraerse siguiéndolos, y estar muy lejos de Dios.

56. El espíritu, aun cuando no se detenga en los pensamientos simples de las cosas, no por eso ha alcanzado el "lugar de la oración". Puede suceder que se entregue a la contemplación de las criaturas y se ocupe en su sentido profundo, pero aun entonces, aunque tenga representaciones simples, como lo que contempla son cosas, éstas imprimen su imagen en el espíritu y lo alejan mucho de Dios.

57. Aunque el espíritu se eleve por encima de la contemplación de la naturaleza corporal, no por eso ha llegado a ver el

“lugar de Dios”. Puede estar ocupado en el conocimiento de los inteligibles y dispersarse en él.

58. Si quieres orar, necesitas de Dios que es quien da la oración al que ora. Invócalo: “Santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu Reino”, es decir: el Espíritu Santo y tu Hijo unigénito. Esta es su enseñanza cuando dice que hay que adorar a Dios, esto es, al Padre, en Espíritu y en Verdad. Estos tres son un solo Dios.

59. El que ora en Espíritu y en Verdad, no saca de las criaturas la alabanza al Creador, sino que es de Dios mismo de donde saca la alabanza a Dios.

60. Si eres teólogo, orarás verdaderamente, y si oras verdaderamente, eres teólogo.

61. Cuando tu inteligencia en un ardiente amor por Dios, sale poco a poco, por así decirlo, de tu carne; cuando rechaza todos los pensamientos que vienen de los sentidos, de la memoria o del temperamento; cuando se llena al mismo tiempo de respeto y de alegría, entonces puedes considerarte cerca de los confines de la plegaria...

62. El Espíritu Santo, compadeciéndose de nuestra debilidad, nos visita aunque no estemos todavía purificados. Si halla nuestro espíritu orando sinceramente, entra en él, aniquila el ejercicio de razonamientos y pensamientos que lo asedian, y lo incita a que se ocupe en los trabajos de la oración espiritual.

63. Los demonios (lit. los otros) producen en el espíritu razonamientos, pensamientos y visiones, causando alteraciones corporales. Pero Dios hace lo contrario: llega al mismo espíritu, le infunde el conocimiento que quiere, y, a través del espíritu, calma la intemperancia del cuerpo.

64. Todo el que aspira a alcanzar la oración verdadera y se enoja y guarda rencor, es un loco. Es como aquel que quiere tener una vista penetrante y se daña los ojos.

65. Si quieres orar no hagas nada que sea contrario a la oración, para que Dios se acerque y camine a tu lado.

66. Cuando ores no plasmes en ti representación alguna de lo divino, ni permitas que en tu espíritu se imprima ninguna forma, sino ve, inmaterial, hacia lo inmaterial, y lo hallarás.

67. Ten cuidado de las trampas de los adversarios. Cuando estés orando con una oración pura y tranquila, puede suceder que de improviso se te presente una forma desconocida y extraña. Es para arrastrarte a la presunción de que creas que allí está la divinidad, y así persuadirte de que Dios es mensurable. Pero la divinidad no tiene cantidad ni figura.

68. Cuando el envidioso demonio no puede perturbar la memoria durante la oración, fuerza la complexión corporal para provocar alguna imagen peregrina que informe el espíritu. Este, acostumbrado a pensar con formas mentales, fácilmente se doblega y se deja engañar tomando el humo por la luz, él, que tendía a la ignosis inmaterial y libre de toda forma.

69. Mantente en guardia y preserva tu espíritu libre de pensamientos en el tiempo de la oración, para que permanezca en su propia soledad. Entonces aquel que se compadece de los ignorantes te visitará, y recibirás el don eminente de la oración.

70. No podrás orar con pureza si te complicas con cosas materiales y te agitas con continuas preocupaciones, pues para la oración tienes que abandonar todos los pensamientos (inútiles).

71. Así como aquel que está atado no puede correr, así el espíritu sometido a las pasiones no puede ver el lugar de la oración espiritual. Tironeado y rodeado por pensamientos cargados de pasiones, no puede mantenerse en paz.

72. Cuando el espíritu ora con pureza, sin distraerse y verdaderamente, entonces los demonios no se acercan a él por la

izquierda, sino por la derecha. Le representan la gloria de Dios como una figura agradable a los sentidos, para que crea que ya alcanzó perfectamente el fin de la oración. Esto proviene —decía un admirable gnóstico— de la pasión de la vanagloria y del demonio que actúa sobre el cerebro y las venas.

73. Creo que el demonio actúa sobre el lugar que dije, para mortificar a su gusto la luz que rodea el espíritu. Excita, pues, la pasión de la vanagloria inculcando en el espíritu irreflexivo el pensamiento de que alcanza la ciencia divina y esencial. Como el espíritu no se siente acosado por pasiones carnales e impuras sino afianzado en la pureza, cree que no se ejerce contra él ninguna acción contraria, y supone que es realmente una aparición divina lo que el demonio hace surgir como antes explicamos.

74. Cuando viene el ángel de Dios, con su sola palabra hace cesar en nosotros toda la acción del adversario, e induce a la luz del espíritu a obrar sin desviarse.

75. Cuando se lee en el Apocalipsis (8, 3) que el ángel toma incienso para unirlo a las oraciones de los santos, se trata, creo, de esta gracia que hace el ángel. El hace nacer la ciencia de la verdadera oración en el espíritu, de tal manera que éste queda en lo sucesivo libre de toda agitación, acedia y negligencia.

76. Los perfumes de las copas son las oraciones de los santos ofrecidas por los venticuatro ancianos.

77. Por la copa se entiende el amor de Dios, es decir, la caridad perfecta y espiritual, en la cual la oración se realiza en espíritu y en verdad.

78. Si piensas que no te hace falta llorar tus pecados en la oración, considera cuánto te has alejado de Dios, debiendo haber permanecido siempre en El. Entonces llorarás con más ardor.

79. Ciertamente, si reconocieras tu medida, fácilmente gemirías reprochándote a ti mismo, como Isaías (6, 5), ser impuro, tener labios impuros y vivir en medio de un pueblo impuro.

Tú, por el contrario, te atreves a presentarte ante el Señor de los Ejércitos.

80. Si oras verdaderamente, estarás plenamente seguro. Los ángeles vendrán a ti y te iluminarán el sentido profundo de los acontecimientos.

81. Sabe que los santos ángeles nos inducen a orar y permanecen a nuestro lado alegres y orando con nosotros. Pero si somos negligentes y aceptamos pensamientos del enemigo, los irritamos mucho. Efectivamente, mientras ellos luchan a favor nuestro, nosotros no queremos siquiera suplicar a Dios por nosotros mismos, y despreciando su servicio, abandonamos a Dios, su Señor, para acudir al encuentro de los impuros demonios.

82. Ora con ecuanimidad y sin perturbación, canta concertada y armoniosamente, y serás como cría de águila que se eleva a las alturas.

83. La salmodia apacigua las pasiones y hace reposar la intemperancia del cuerpo; pero la oración prepara la mente para que se ejercite en la acción que le es propia.

84. La oración es la actividad donde se asienta la dignidad de la inteligencia; ella es su uso más excelente y más completo.

85. La salmodia releva de la sabiduría multiforme; la oración es el prelude de la gnosis inmaterial y uniforme.

86. La gnosis es algo excelente. Colabora con la oración moviendo la potencia intelectual del espíritu a la contemplación de la ciencia divina.

87. Si todavía no has recibido el carisma de la oración y la salmodia, obstínate y lo recibirás.

88. El Señor enseñó a sus discípulos una parábola que mostraba que debían orar siempre sin cansarse (Lc. 18). No te can-

ses, pues, de esperar, ni te descorazonas por no haber recibido; ya recibirás luego. La parábola concluía así: “Aunque yo no temo a Dios ni me importan los hombres, sólo por librarme del fastidio que me causa esta mujer, le haré justicia” (Lc. 18, 4-5). Así Dios hará pronto justicia a los que lo invocan noche y día. Ten, pues, buen ánimo y persevera en la santa oración.

89. No desees que tus cosas te sucedan como a ti te guste sino como quiera Dios. Entonces tu oración será llena de paz y de acción de gracias.

90. Aunque te parezca que estás unido a Dios, ten cuidado del demonio de la impureza que es muy falaz y el más envidioso de todos. El trata de ser más rápido que el movimiento y la vigilancia de tu espíritu para poder apartarlo de Dios cuando está en su presencia con devoción y temor.

91. Si te entregas a la oración, prepárate para los asaltos de los demonios, y soporta valientemente sus golpes. Ellos se arrojarán sobre ti como bestias salvajes y maltratarán todo tu cuerpo.

92. Prepárate como un luchador experimentado. Aunque veas de pronto un fantasma, no te conmuevas; si se te aparece una espada amenazante, o un resplandor ofusca tu vista, no tiembles; si ves una figura horrible y sanguinolenta, no desfallezca tu alma. Permanece en la confesión de tu santa fe y dominarás fácilmente a tus enemigos.

93. El que soporta la aflicción hallará alegría, y al que sobrelleva lo desagradable, no le faltará el gozo.

94. Vigila para que los demonios no te engañen con alguna visión. Sé prudente y recurre a la oración. Invoca a Dios para que te haga ver si lo que percibes viene de El, y, si no es así, para que El arroje pronto de ti al seductor. Ten confianza; si te diriges a Dios con ardor, los perros no podrán resistir. Pronto, visi-

blemente y en secreto serán expulsados lejos, castigados por el poder de Dios.

95. Es bueno que no desconozcas esta artimaña: a veces, los demonios se separan entre ellos, y cuando tú pides ayuda contra unos, entran los otros con aspecto angélico y echan a los primeros. Lo hacen para engañarte y hacerte creer que son verdaderos santos ángeles.

96. Esfuérzate por tener una gran humildad, y las amenazas de los demonios no llegarán hasta su alma, ni el flagelo se acerca a tu tienda. El dará órdenes a sus ángeles para que te guarden y aparten invisiblemente de ti todas las maquinaciones hostiles.

97. Quien se esfuerza por alcanzar la oración pura, aunque oiga ruidos, estrépitos, voces e insultos, no se abatirá ni se rendirá, sino que le dirá al Señor: "No temeré ningún mal porque tú estás conmigo", y cosas semejantes.

98. En los momentos tales, recurre a la oración, breve pero intensa.

99. Si los demonios apareciéndose de improviso en el aire, te amenazan para aterrarte y asolar tu espíritu o, bajo la apariencia de fieras, parecen querer destrozar tu carne, no temas nada ni te preocupes de sus amenazas. Ellos te quieren atemorizar a ver si los atiendes o si los desprecias del todo.

100. Si en tu oración estás ante Dios todopoderoso, Creador y Providente, ¿cómo estás en su presencia olvidándote locamente de su temor soberano y temiendo, en cambio, a los mosquitos y escarabajos? ¿No oíste a aquel que dijo: "Tú temerás al Señor tu Dios" (Deut. 10, 20), y también, "Ante tu poder todo se estremece y tiembla" (Joel, 2, 10-11 y Eccli. 16, 19)?

101. Como el pan es el alimento del cuerpo y la virtud lo es para el alma, así la oración espiritual es el alimento de la mente.

102. No ores como el fariseo, sino como el publicano, en el lugar sagrado de la oración, para que tú también seas justificado por el Señor.

103. Esfuérzate en tu oración, para no desear nunca mal a nadie, no sea que, haciendo abominable tu oración, destruyas lo que edificas.

104. El deudor que debía diez mil talentos te enseña que si tú no perdonas al que te debe, tampoco alcanzarás el perdón, pues escrito está que aquél fue entregado a los verdugos.

105. No atiendas a las exigencias de tu cuerpo durante el ejercicio de la oración; no dejes que la mordedura de un piojo, pulga o mosca te impida adelantar en la oración.

106. Llegó hasta nosotros la noticia de que el maligno combatía tanto a cierto santo que, cuando éste extendía las manos, el enemigo transformándose en león e irguiéndose sobre las patas traseras, clavaba las garras en las mejillas del atleta, sin soltarlo hasta que bajaba las manos. Pero él nunca las bajó hasta terminar las oraciones acostumbradas.

107. Sabemos que así era también Juan el pequeño, o por decirlo mejor, ese muy grande monje, que llevaba vida solitaria en una fosa. Gracias a su íntima unión con Dios, permanecía inmovible mientras el demonio, bajo la forma de un dragón enroscado en su cuerpo, le trituraba las carnes y le eructaba en su rostro.

108. Seguramente habrás leído en la vida de los monjes de Tabenisi, aquel pasaje donde se narra que dos víboras se acercaron un día a los pies del abad Teodoro mientras éste estaba hablando a los hermanos. Sin inmutarse les hizo un lugar entre los pies para alojarlas allí hasta el fin de la conferencia. Recién entonces se las mostró a los hermanos y les contó lo sucedido.

109. También hemos leído que una víbora se enroscó en los pies de otro varón espiritual mientras éste oraba. Pero él no bajó los brazos hasta terminar la oración habitual, a pesar de lo cual no sufrió ningún daño por haber amado más a Dios que a sí mismo.

110. Mantén quieta tu mirada durante la oración. Renuncia a tu carne y a tu alma y vive según el espíritu.

111. Un santo solitario del desierto, mientras oraba con gran fortaleza, fue asaltado por los demonios. Estos, durante dos semanas jugaron a la pelota con él arrojándolo al aire y recibéndolo en una estera. Pero en modo alguno pudieron apartar su espíritu de su ferviente oración.

112. Otro, lleno de amor de Dios y de celo por la oración, iba por el desierto cuando se le aparecieron dos ángeles que se pusieron a ambos lados y caminaban junto a él. Pero él no se preocupó de atenderlos para no perder lo que era más importante, acordándose de las palabras del Apóstol: "Ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades podrán separarnos de la caridad de Cristo" (Rom. 8, 38-39).

113. El monje, por la verdadera oración, se vuelve igual a los ángeles.

114. Si quieres ver el rostro del Padre que está en los cielos, no trates en modo alguno de percibir alguna forma o figura en el tiempo de la oración.

115. No desees ver sensiblemente a los ángeles o a las potestades o a Cristo, no sea que pierdas totalmente el juicio y recibas al lobo en lugar del pastor, y adores a los demonios enemigos.

116. Esta ilusión nace de la vanagloria espiritual, la cual incita al espíritu a imaginar la divinidad limitada bajo formas o figuras.

117. Diré algo que pienso y que ya se lo he dicho a los jóvenes: Feliz el espíritu que en el tiempo de la oración consigue una total ausencia de formas.

118. Feliz el espíritu que, orando sin distracción, crece siempre más en el deseo de Dios.

119. Feliz el espíritu que en el tiempo de la oración se vuelve inmaterial y pobre.

120. Feliz el espíritu que en el tiempo de la oración llega a despojarse de todo lo sensible.

121. Feliz el monje que se considera el desecho de todos.

122. Feliz el monje que, con gran alegría, ve la salvación y progreso de todos como suyos propios.

123. Feliz el monje que tiene a todos por Dios, después de Dios.

124. Monje es aquel que está separado de todos y unido a todos.

125. Monje es aquel que se considera unido a todos porque se ve siempre a sí mismo en cada uno de los hombres.

126. Aquel que ofrece a Dios el fruto de las primicias de su espíritu, lleva la oración a la perfección.

127. Puesto que eres monje y deseas orar, evita toda falsedad y todo juramento; si no, en vano aparentas lo que eres.

128. Si quieres orar con el espíritu, no le pidas nada a la carne, y ninguna nube se te opondrá en el tiempo de la oración.

129. Deja en las manos de Dios el cuidado de tu cuerpo, y así mostrarás que le confías también el cuidado de tu espíritu.